



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II



23 de junio de 1888



Núm. 34



UN BUEN DESEO

DE TODO UN POCO

EL período excepcional que atraviesa hoy Barcelona, y que ha cambiado por completo su habitual manera de ser, me obliga á hablaros de todo un poco para que los apreciables lectores de EL CAMARADA no residentes en la condal ciudad puedan formar una idea aproximada de lo notable é interesante que en ella puede tener efecto.

De la Exposición ya hablaremos en sucesivas crónicas. Antes de penetrar en su hermoso recinto veamos qué son esas innumerables instalaciones que levantan en la plaza de Cataluña, calle de las Cortes y paseo de Gracia. En ellas se exhibe forma la delicia de chicos y grandes, de los hijos del país y de los innumerables forasteros que nos visitan. Son... panoramas, dioramas, *marionettes*, figuras de cera y magníficas sorprendentes colecciones zoológicas.

De estas últimas es muy recomendable la de Cavanna, sobre todo por su colección de perros y monos sabios que exhibe, á los que, como vulgarmente se dice, no les falta más que hablar. Cuanto á las dos restantes, esto es, á la de Bidel y Alexiano y la de Redembach, es imposible que tengan mejor en su clase; y sus propietarios así deben creerlo también, pues que los primeros anuncian su colección como *la mejor del mundo* y Redembach como *la mejor de... Barcelona*. Como yo no he dado la vuelta al mundo, ni mucho menos, no conozco más *fieras* que las del Retiro de Madrid y alguna que otra colección que anteriormente se ha exhibido en Barcelona, no puedo responder de la exactitud de los mencionados anuncios; pero es innegable que antes de ahora no se había visto igual colección zoológica, así por su número como por el mérito de los ejemplares. ¡Qué de tigres en una y otra colección! ¡Qué de panteras, osos blancos, elefantes y leones! Aquello es la realidad de un cuento fantástico, de una de esas narraciones que en nuestra niñez nos infundían tanta admiración como pavor. ¿Y los domadores? ¡Qué sangre fría y qué serenidad la suya! ¡Cómo juegan con sus temibles prisioneros! ¡Cómo les hostigaban para enfurecerles, y qué impresión causa ver como meten su cabeza dentro la boca de los leones, que con una dentellada podrían merendarse al más templado de los domadores; ejemplo que se ha dado ya repetidas veces, que, sin embargo, no ha sido suficiente para evitar su repetición! Y es que los domadores, como tantos otros, sólo pueden asegurar su suerte con el constante desprecio de su vida.

Siguen en importancia á estas diversiones los panoramas, que son: el de Plewna, el de la Naturaleza, el de Waterloo y el de Montserrat. Representa el primero la heroica defensa de Plewna por Osmán Bajá, en 1877, cuando la guerra rusoturca; uno de los más gloriosos acontecimientos que registran

anales militares de este siglo; habiéndose demostrado, en aquella ocasión, que el ejército otomano es uno de los primeros de Europa.

El momento representado en el panorama es cuando el ilustre general, rechazado por los rusos, regresa á la plaza acosado por las tropas enemigas. Nada más imponente que el inmenso paisaje que se despliega ante el espectador, la vasta llanura por la cual serpentea graciosamente el Vid; nada tan dramático como el paso del puente en medio de la más espantosa confusión.



El ganso y el cometa

La ilusión es indecible: sólo falta oírse el fragor de la batalla para creerse transportado á Plewna al lado de los turcos.

Con gran posterioridad al mencionado, inauguróse el de Waterloo, que á su vez representa un episodio histórico, mucho más conocido que el de Plewna, aun siendo menos reciente; pues que la memorable batalla que decidió de la suerte de Napoleón I, y que tan alto dejó el nombre de Wellington, se efectuó el 18 de junio de 1815 en Saint-Aliaanse, frontera francobelga, entre las tropas del emperador y las de Blucher y Wellington. Tremenda jornada aquella, no sólo por las espantosas pérdidas de ambos ejércitos, si que también por las oscilaciones del éxito, por lo indecisa que la victoria se presentaba. Al ilustre general inglés cupo la gloria de decidirla; y los más culminantes episodios de esta batalla son los que se desenvuelven en el panorama que nos ocupa.

El de Montserrat debe inaugurarse precisamente el día en que escribo las presentes líneas, por lo cual me abstengo de aventurar juicio, ya que tiempo ha de sobrar para verlo y hablaros de él si vale la pena, que sí la valdrá, sea de pecho. El de la Naturaleza no está instalado con el aparato de los tres mencionados, pero es digno de ser visitado por contener perspectivas verdaderamente curiosas, tales como los misterios de la germinación de las plantas y las entrañas de la tierra, el nacimiento de las aguas, de metales y piedras de todas clases, desde las más rústicas al mármol más primoroso; cuanto, en fin, se relaciona y crea nuestra madre la Naturaleza.

Las diversiones que acabo de describiros tienen la recomendable ventaja de unir lo útil á lo ameno, pues es indudable que un niño sacará siempre mucho más provecho de visitar una colección zoológica que facilite sus conocimientos de historia natural, ó de ver lo que le recuerde y le haga conocer sucesos históricos de trascendental importancia, que no asistiendo á esos teatros donde por las chocarrerías que se representan, sólo puede prometerse la perversión de su gusto.

Hoy las circunstancias expuestas nos han dejado fuera. Veremos si en otro número podemos penetrar dentro del recinto de la Exposición.

BENJAMÍN



EL NIÑO INDOLENTE

(FÁBULA)

A notar llegó una anciana,
 en un niño que tenía,
 que al mandarle algo decía:
 —Mañana lo haré, mañana.—
 Nunca el pequeño con gana
 se hallaba de trabajar;
 y, queriéndole quitar
 costumbre tan perniciosa,
 esta lección provechosa
 su abuela le supo dar.

Un pequeño árbol compró,
 sin fruta alguna por cierto,
 y de su casa en el huerto
 la anciana lo trasplantó.
 Después al nieto llamó,
 diciéndole:—Necesito
 que cuides este arbolito
 y lo riegues muchas veces,
 que él te pagará con creces
 dándote fruto exquisito.—

Bien al niño parecióle
 lo que le dijo la anciana;
 Pero—Ya lo haré mañana,—
 en seguida contestóle.
 La anciana calló, dejóle,
 hízose la indiferente;
 mas en el día siguiente
 repitióle con cariño:
 —Ve á regar el árbol, niño;
 no seas tan indolente.—

Así un día y otro día
 sin sentirlo se pasaba,
 y ya el árbol se secaba,
 pues muerto de sed yacía.
 La anciana, con energía,
 al fin al nieto llamó,
 y llena de agua le dió
 una verde regadera
 para que en seguida hiciera
 lo que siempre le ordenó.

Entonces fué cuando al huerto
 corrió el niño presuroso,
 y encontró al árbol hermoso
 deshojado, mustio, muerto!
 De llanto el rostro cubierto,
 volvióse el niño á su abuela;
 y ésta, que tan sólo anhela
 darle una lección al niño,
 sin demostrarle cariño
 su triste pesar consuela.

Sin promoverle disputa
 después de lo sucedido,
 —Hijo, no has obedecido
 en seguir la mejor ruta,
 y te quedas sin la fruta
 que despertaba tu gana,—
 dijo. Y añadió la anciana:
 —Un consejo, pues, te doy:
 bien que puedas hacer hoy
 no aguardes para mañana.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



EL PRIMER BAILE

TODAS las vecinas y amigas habían asistido al momento de vestirse el niño. Se trataba nada menos que de un baile de trajes á donde debía asistir Luisito, el hijo de la viuda que vivía en el sotabanco.

El día anterior habían recibido una invitación del *señorito* del principito en que le rogaba concurriese el domingo de Carnaval á la fiesta que daba en su casa.

Pintar el entusiasmo de Luis, las perplejidades de la pobre madre, los re-



La jarra preciosa

allí, se fraguó un traje en veinticuatro horas, mitad de guerrero, mitad paje ó cosa así.

Una colcha de damasco, que la pobre mujer guardaba como oro en paje sirvió para confeccionar la túnica; unas calzas de cierta vecina y unos galones que le prestó una amiga, dieron complemento á la caprichosa vestimenta amén de varias condecoraciones que conservaba la mamá, de su marido, que había sido miliciano nacional, y que colgó al angelito como el último detalle de tan complicado figurín.

—¡De seguro no hay otro igual!—decían las vecinas mientras lo miraban embobadas.

La madre le contemplaba con éxtasis, y lloraba pensando en la hermosura del muchacho y en su difunto padre.

Acompañado de ella hasta la puerta, penetró Luisito en el baile, lleno de entusiasmo y de ilusiones.

gos, los proy-
tos, las combi-
ciones que sus-
dieron al con-
te, sería difi-
tarea.
Aquella in-
vitación, escri-
con letras
colores sobre
tinada y fin-
ma cartulina
había sido
felicidad sup-
ma para el ni-
al mismo tiem-
que el motivo
hondas dudas
vacilaciones
ra la viuda.

Mas al
venció el des-
del uno y de
otra, y busca-
aquí, carta

*
**

A la puerta del salón, profusamente iluminado, donde ya danzaban algunas diminutas parejas, recibía á los convidados Enrique, el niño mayor de los dueños de la casa, magníficamente vestido de *Caballero del Cisne*, traje que cuadraba á maravilla á su gentil y simpática figura.

Relucía su cota de plata como si estuviera cuajada de brillantes, y del bruido casco salían las blancas plumas de cisne, que iban á confundirse con la capa, blanca también como el armiño.

Al verle Luis, quedóse deslumbrado y confuso sin atreverse á levantar los ojos. Una dolorosa impresión de envidia, de disgusto, de vergüenza, se apoderó de él al contemplar á su hermoso amigo y comparar el traje de aquél con el suyo.

A la exaltada y vivísima imaginación de Luis se presentaba el diminuto *Lohengrin* con proporciones colosales de elegancia y riqueza. Habría pasado la mitad de su vida por poseer un vestido igual, culpando ya á la pobre madre, que, á pesar de gastar todos sus ahorros en ataviarlo, había tenido tan poco acierto y tan mal gusto.

Todas las pequeñas pasioncillas que duermen en el corazón de los niños, se despertaron de pronto al conocer aspiraciones y goces ignorados por él hasta entonces; y, pequeño *Fausto* de nuestros días, habría vendido su alma al diablo si á costa de ello lograba alcanzar la hermosura, la riqueza y la gracia encerradas en la bellísima figura del *Caballero del Cisne*.



La jarra preciosa

*
**

Cuando volvió á su casa y la madre, ansiosa, le preguntó si se había divertido, el niño, malhumorado y casi con lágrimas en los ojos, le refirió lo ocurrido en el baile: su disgusto al verse *hecho un mamarracho*, su envidia, sus amarguras, su vergüenza... al verse corrido en medio de tanta opulencia y tanto lujo.

La madre, dolorosamente sorprendida, le reprendió con dulzura, mientras le despojaba de aquellas galas que en su candidez creyó inmejorables.

Después, y comprendiendo que ella tenía la mayor culpa en aquel incidente, tomó al niño en sus brazos y con voz persuasiva trató de volver la calma á su agitado espíritu.

—Nunca debiste ir á ese baile,—le dijo acariciándolo,—ni yo consentir ne que fueses. La vanidad nos cegó á los dos y bien pronto hemos recibido el castigo. No tengas envidia de ese niño vestido de plata... ¡Quién sabe cómo será su corazón! Sí: su belleza exterior concluye con la noche; y tú, si eres

bueno, estarás mañana más hermoso que él. Quédense los bailes para los grandes. Los niños, á correr y jugar por el campo: eso es mejor para el cuerpo para el alma.—Y, conforme la madre pronunciaba estas ó parecidas palabras, Luis se adormecía dulcemente, mientras sus facciones, suavizándose, iban perdiendo poco á poco la diabólica expresión del principio, recuperando su habitual candidez y su belleza.

Por último se quedó profundamente dormido, y una dulce y graciosa sonrisa que entreabría las rosas de sus labios indicó á la buena madre que el niño, libre ya de locas ambiciones y envidias ruines, soñaba con los ángeles y sus hermanos.

H. GINER DE LOS RIOS



LOS DOS ZORROS

(CUENTO)

Dos zorros entraron de noche, por sorpresa, en un gallinero. Estrangularon al gallo, las gallinas y los pollos. Después de esta matanza aplacaron el hambre.

Uno, que era joven y ardiente, quería devorarlo todo: el otro, que era viejo y avaro, quería guardar provisiones para el porvenir. El viejo decía:—He vivido: la experiencia me ha hecho sabio: yo he visto muchas cosas desde que estoy en el mundo. No comamos todo nuestro bien en un solo día. Hemos hecho fortuna: es un tesoro que hemos encontrado. Es menester economizar.

El joven respondió:—Yo quiero comerlo todo, ya que estoy en ello, y no me sardirme para ocho días; porque, en cuanto á volver aquí, ni pensarlo: mal me irá mañana. El dueño, para vengar la muerte de sus pollos, nos mataría.

Después de esta conversación, cada cual tomó su partido. El joven comió tanto que estaba reventando, y pudo apenas llegar á morir á su madriguera. El viejo, que se creía mucho más cuerdo para moderar sus apetitos y vivir en economía, volvió al día siguiente á su presa, y fué muerto por el dueño.

Así cada edad tiene sus defectos: los jóvenes son fogosos, ardientes é insaciables en sus placeres; los viejos son incorregibles en su avaricia.

Traducción de JOSÉ MAS Y DEL RIBERO



La madrecita



✻ NUESTROS GRABADOS ✻

UN BUEN DESEO

Querida niña: tienes un alma pura y virginal, y yo pediré al Cielo que la paz reine siempre en tu corazón, que tus enojos sean ligeros, que tus lágrimas puedan secarse pronto, que todos tus días sean felices, y que encuentres en este mundo verdaderos amigos.

EL GANSO Y LA COMETA

Cierto día unos niños se recreaban haciendo volar pequeñas cometas de papel, hechas con diarios, y muy pequeñas.

Varios gansos andaban por allí recogiendo granos de trigo sueltos; y, como uno de los muchachos lo observase, tomó uno de aquéllos y lo sujetó en su cometa. La más pequeña de aquellas aves, apenas vió el grano, saltó para apoderarse de él; pero la cuerda de la cometa se le enredó al cuello, y comenzó a correr espantada, haciendo esfuerzos para desprenderse de aquel estorbo. Las demás aves, asustadas también, emprendieron la fuga, seguidas de cerca por los chicos, quienes divirtió mucho aquella nueva carrera de gansos.



El bacalao

LA JARRA PRECIOSA

Una señora que no juega ya con muñecas me enseñó el otro día una jarra admirable por sus preciosos adornos. Esta señora vive en una casa magnífica donde abundan otros objetos de mucho más valor, contándose, entre otras cosas, servicios de porcelana de China de los más costosos, pero lo que parece apreciar principalmente es su jarra, que no tiene ni una sola grieta, y la cual guarda seguramente con tanto cuidado porque le fué regalada en la época en que sólo pensaba en muñecas.

La señora se complació en darme á conocer la procedencia de aquel objeto, y díjome, entre otras cosas, que se la habían regalado hacía muchos años en una fiesta

de Navidad cuando bailaban con otras niñas alrededor del característico árbol que se levanta en semejante día. La señora guardaba por esta razón cuidadosamente su preciosa jarra; y terminó su historia diciéndome que cuando era niña solía refugiarse en algún rincón para leer los libros que le regalaban, en vez de jugar con sus muñecas. Había sido muy estudiosa, y por eso era mujer muy instruida.

LA MADRECITA

—¡Calla, criatura, calla!—decía la niña Isabel á su muñeca, como si fuese una verdadera nodriza. Y después comenzaba á mecerla suavemente, como hubiera podido hacerlo una verdadera madre.

A intervalos entonaba una canción, cual si se propusiera hacer dormir á la muñeca; y tanto se afaná en la dulce misión que no debía desempeñar hasta que fuese mujer, que al fin inclinó la cabeza, y quedó ella misma sumida en profundo sueño, conservando entre los brazos la muñeca, cuyos ojos no se cerraban nunca.

EL BACALAO

Es probable que cuanto sabemos sobre el bacalao, y que pronto será familiar para nuestros niños, no se vea nunca sino en la costa de Noruega, porque allí se halla el más considerable centro que hay en el mundo para esta pesca. Durante los meses de enero y febrero el bacalao llega á las inmediaciones de las islas de Loffoden, del sur y del oeste, formando inmensas bandadas, como si las familias de todos los países debieran alimentarse de esos peces.

Los pescadores designan estas bandadas con el nombre de *montañas de bacalao*, por-



El bacalao

que sus individuos se amontonan uno sobre otro, constituyendo una masa que tiene á menudo una profundidad de más de cien pies, muy ancha, y que se mueve rápidamente.

Los que han visto las redes para coger estos peces, saben ya que tienen plomos en toda la extensión de sus bordes á fin de que se sumerjan fácilmente. Cuando los pescadores de Noruega arrojan sus redes entre las montañas de bacalao, reconocen el choque de éste contra los plomos; y así se podría creer que esos animales carecen de suficiente espacio para moverse y nadar.

Sin embargo, habéis de saber, hijos míos, que los seres que habitan en el mar pueden disponer de mucho más espacio del que tenemos nosotros para vivir en la tierra. Si no fuese así, al cabo de algún tiempo todos los peces serían cogidos y devorados. En algunos lagos y corrientes, donde pescan muchos hombres y muchachos, muy pronto quedan las aguas sin ninguno de sus habitantes.

Asegúrase que esto no puede suceder nunca en el mar, porque aquí los peces tienen numerosos sitios donde refugiarse para que no les alcancen los anzuelos ni las redes. Ningún pueblo debe temer que le falte el bacalao, porque éste se encontrará mientras exista el mundo, lo cual no deja de ser una gran ventaja para aquellos que á veces no cuentan con otro alimento.

LOS NIÑOS CONFITEROS

Cierto día, Manuel, Pepito y Herminia, todos de corta edad, se empeñaron en hacer azúcar piedra en la cocina de su tío.

Brígida, la criada, puso la cacerola al fuego con los ingredientes necesarios, que pronto comenzaron á hervir y humear, exhalando el más agradable olor.

Pasado el tiempo exigido para la preparación, Pepito echó un poco de jarabe hirviendo



Los niños confiteros

en una copa de agua fría; y, como observase que se endurecía al punto, juzgó que era tiempo de comenzar el trabajo.

La pobre Herminia ignoraba que para esta operación era preciso untarse las manos con manteca, ó por lo menos mojarlas en agua fría, para impedir que la sustancia se adheriera; y, por lo tanto, tomó una porción de azúcar sin observar aquel requisito.

Entretanto Manuel y Pepito seguían trabajando muy bien; y, pasando la sustancia de una mano á otra, aligerábanla y obtenían así su brillantez. La pobre niña, con el azúcar pegado en las manos, no podía hacer nada; y, á fin de que sus compañeros no se rieran, alegó una excusa para correr al jardín.

Allí, oculta detrás de un arbusto, comenzó á lamerse las manos; pero cuando más ocupada estaba en su tarea, oyó una carcajada, y vió que dos brillantes ojos la miraban fijamente á través del follaje: Pepito la había seguido para averiguar lo que su hermana quería hacer.

La niña estuvo á punto de romper á llorar, temiendo que se burlasen de ella; pero sus

hermanos se mostraron muy bondadosos, compadeciéndose del apuro de Herminia, á la cual enseñaron cómo debía proceder para que no le ocurriera nunca tal perance. Aquel mismo día tuvo el gusto de llevar á su casa algunas barras de azúcar piedra hechas por ella misma, y no olvidó jamás la lección que había recibido.

EL GATO DE ELENA

La niña Elena, de ocho años, vivía en una antigua granja que tenía un patio muy grande. Cierta día, en que el frío era riguroso, entró en la casa un gatito negro, que al punto se escondió; pero la niña le atrajo á su lado ofreciéndole un poco de leche. El animal era tan manso y tan bonito que Elena quiso guardarlo, y dióle el singular nombre de *Céfiro*.

Al cabo de algún tiempo, la niña fué un día en busca del gato, que era hembra, y encontróle en un rincón criando tres hijuelos: uno blanco, otro negro, y el tercero gris. Complacióse después en ir á mirarlos todos los días, y divertíala mucho verlos retozar. Algunas veces molestaban á la madre, cuando ésta descansaba, mordiéndole la cola y las orejas; hasta que, apurada la paciencia, levantábase para aplicarles un fuerte correctivo; pero no debía castigarlos á menudo, porque generalmente eran buenos.

Cuando Elena creyó que tenían ya edad suficiente para beber leche por sí solos, dióles un poco en un cucharón, y siempre se la bebían en un momento. Bien hubiera querido la niña guardar los tres gatitos, pues divertíanla mucho, haciéndola reír á carcajadas; pero su mamá le aconsejó que los diera á sus amigas, quedándose sólo con la madre.

A la gata no le gustaba, al parecer, la música; pues cuando Elena se sentaba al piano para estudiar su lección, saltaba al mueble y paseábase sobre las teclas; pero cuando reconoció que aquello no era del agrado de su joven ama, no lo hizo ya más.

LAS AVECILLAS CARIÑOSAS

No tenemos niños en casa, aunque nos agradaría que hubiese alguno; pero á falta de ellos procuramos atraer á los pajarillos á nuestra ventana, consagrándoles un verdadero cariño.

Con frecuencia, cuando la tierra está cubierta de mieses, acércanse á nuestra casa para recoger las migas de pan que les arrojamos.

Cierta día oímos un ligero golpecito en la ventana; y, al aproximarnos para ver qué era, vimos una avecilla, que iba seguramente á pedirnos algo de comer. Dímosle algunas migas de pan, y esto bastó para que desde entonces nos visitara diariamente. Mejor es proceder así con los inocentes é inofensivos pájaros, que no perseguirlos, maltratarlos y robar sus huevos, como lo hacen muchos chicos perversos.



Los niños confiteros



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Jaime, sorprendido de lo que acababa de escuchar, resolvió avistarse inmediatamente con el Sr. Cleghorn á fin de ponerle sobre aviso.

Era muy de mañana cuando se presentó en el almacén.

—No parecéis muy satisfecho de volverme á ver por aquí,—dijo al señor Cleghorn,—y quizás imputaréis á malas intenciones la confianza que vengo á haceros; pero la estimación que os tengo me ha determinado á comunicaros lo que acabo de saber: haréis de mis informes el caso que mejor os parezca.

Jaime contó todo lo que había sucedido; y cuando el Sr. Cleghorn hubo escuchado su relato, dióle las gracias en los más expresivos términos por la solicitud que le había atestiguado en aquella circunstancia, y aun le comprometió para que permaneciera algunos días más en Monmouth.

Inquieto por las noticias que había recibido de Jaime, corrió el señor Cleghorn á tomar lenguas sobre el joven Raikes y su tío. Los parientes del mozo habían guardado el mayor secreto sobre las considerables pérdidas que había experimentado en el juego, conducta que les había sido tanto más fácil de observar en cuanto el joven había permanecido por largo tiempo lejos de su lado, no habiendo vuelto á su casa hasta después de haber completado su educación.

El magistrado de quien Jaime había recibido las primeras noticias tenía en Oxford un hijo que corroboró aquellos informes ante el Sr. Cleghorn. Estremeciéndose éste del peligro á que había expuesto á su hija, rompióse inmediatamente el proyecto de matrimonio con el joven Raikes, y el comerciante de lencería cesó por completo de tener relaciones con el almirante Tipsey y sus contrabandistas.

El digno mercader expresó en vivísimos términos el reconocimiento de que estaba poseído hacia Jaime.

—Volved á permanecer entre nosotros,—le dijo;—nos habéis salvado de la ruina á mí y á mi hija. No seréis ya mi dependiente, sino mi socio; y ya sabéis que siéndolo, si acaso pensáis en mi hija, nadie tendrá ya por qué decir. Pero todas las cosas requieren su tiempo. Jamás hubiese yo querido ver á mi hija si se hubiese casado con el dependiente; pero tratándose de mi asociado, es harina de otro costal. Habéis hecho vuestro camino por el mundo, solo, gracias al propio mérito; y os felicito por ello. Creo, ahora que esto se acabó, que se me habría hecho pedazos el corazón al separarme de vos; pero ya comprendéis que no me faltaba razón al querer mantener mi autoridad en la familia. Como todo ha cambiado, os otorgo ahora mi consentimiento. Nadie tendrá derecho á chistar palabra: aprobado por mí el casamiento de mi hija, esto basta. Sólo una cosa me duele por orgullo: vuestro padre...

—¡Oh, señor!—interrumpió Jaime.—Si es que vais á decir algo de molesto para mi padre, os suplico no lo hagáis, os conjuro á ello, porque no puedo sufrirlo. No lo puedo, en verdad, y no lo debo. ¡Es el mejor de los padres!

—Lo que yo sé es que posee el mejor de los hijos, y esta es la más dulce bendición que haya en el mundo. Nada quería decir ofensivo para él: solamente iba á expresaros mi pesar por verlo en una casa de caridad,—respondió el Sr. Cleghorn.

—Está resuelto á permanecer allí,—dijo Jaime,—hasta que sus hijos hayan ganado bastante dinero para sostenerlo sin perjudicarse. Mi hermano, mis dos hermanas y yo debemos reunir-



El gato de Elena

nos todos en la casa de caridad el día primero del mes próximo, que es el cumpleaños de mi padre; juntaremos entonces todas nuestras ganancias, y veremos lo que podremos hacer por él.

—Acordaos entonces,—dijo el Sr. Cleghorn,—de que sois mi socio. Aquel día me llevaréis con vos. Mi buena voluntad forma parte de vuestro haber, y mis promesas no han sido tomadas nunca por vanas palabras.

VI

A su vez, Francisco, por su buena conducta, su celo y su aptitud para el trabajo, había encontrado en casa de su principal, el Sr. Barlow, tan excelentes disposiciones en su favor como su hermano Jaime en casa del señor Cleghorn.

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Charadas: Camarada, Málaga, Tomate.—Mudanza: Rama, Rema, Rima, Roma.

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

ADIVINANZA

Población soy en España,
personaje en la comedia,
y de mí se habla en las crónicas
y en los cuentos de las viejas.

CLOTILDE LÓPEZ

CHARADA

Si los hechos de Roma tú conoces,
repásalos un rato en tu memoria,
y un tirano hallarás de cuya historia
reniega todo el mundo á grandes voces.
Cógelo por el cuello, y con presteza,
sin temor á su rabia y su linaje,
dale un golpe muy fuerte con coraje
que haga rodar al suelo su cabeza.
Una vez separada ya su testa,
tendrás de mi charada la *primera*:
procurarás guardarla donde quiera,
acordándote siempre do está puesta.
Trasládala, lector, á edad remota,
á una región cercana, á la Etiopía,
y busca un rey en cuya dinastía
se celebrasen hechos de alta nota.
Cercena su cabeza en un instante,
abriendo cicatriz ancha y profunda,
y tendrás de mí *todo la segunda*:
si quitases del fin la consonante.
No queriendo cansar más tu memoria
con hechos tan antiguos ocurridos,
para hablarte de hombres conocidos
trasladémonos, pues, á nuestra historia.
De un insigne orador que goza fama
y derrocha su ingenio y elocuencia,
siguele muy quedito y con prudencia,
sujétale del cuello sin escama.

Dale un golpe no más, pero tan recio
que caiga su cabeza toda entera,
teniendo de esta suerte la *tercera*,
que al punto acertarás si no eres necio.
Las tres cabezas que tu mano aleve
cortó sin respetar su alto linaje,
por orden las pondrás, sin que este ultraje
te dé remordimiento ni el más leve.
Y, dispuestas las cosas de este modo,
habrás adivinado, aunque sin gana,
que una ciudad de tierra americana
resulta ser de mi charada el *todo*.

BALTAZAR SANTAYANA



Las avecillas cariñosas

FUGA DE CONSONANTES

.a.a .a.a .a .a .a.a
 .a .a.a .a.a .a .a.a
 a .a .a.a .a. .a .a.a
 .a.a .a .a.a .a .a.a
 .a.a.a .a.a .a .a.a

ANGEL ALFARO

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.